# El perrito callejero

En un soleado barrio de Buenos Aires, donde los balcones florecían con geranios rojos y el aroma del dulce de leche se mezclaba con el canto de los pajaritos, vivía un pequeño perrito de pelaje marrón y orejas caídas que todos llamaban Canelo. No tenía dueño, pero sí un corazón enorme lleno de amor para dar.

Canelo recorría las calles de adoquines buscando un lugar donde refugiarse. Por las mañanas, acompañaba a los niños hasta la escuela, moviendo su colita como bandera de paz. Por las tardes, descansaba a la sombra del kiosco de don Ramón, quien a veces le daba un pedacito de su sandwich de miga. Las noches eran las más difíciles, cuando el frío le hacía tiritar bajo los bancos de la plaza.

Una tarde de otoño, mientras las hojas secas bailaban en el aire, Canelo escuchó una risa que sonaba como campanitas. Era Luciana, una niña de rulos rebeldes y ojos brillantes como estrellas, que jugaba con su pelota roja cerca de la fuente.

– ¡Hola, perrito!-, dijo Luciana arrodillándose a su altura. «¿Quieres jugar conmigo?»



Gracias por leer este cuento en tuscuentos.com

Canelo, aunque tímido, se acercó moviendo la cola. Luciana notó que sus patitas temblaban y que tenía una pequeña herida en una oreja. Sin dudarlo, corrió hacia su abuela Marta, que tejía en un banco cercano.

– Abu, mira este perrito… ¡Está solo y necesita ayuda!.

La abuela Marta, con su sabiduría de años, examinó a Canelo con cariño. Esa misma tarde, la familia entera se puso en acción:

Papá Diego construyó una casita de madera con mantas cálidas.

Mamá Laura preparó un guiso especial sin cebolla para perritos.

El abuelo José lo llevó al veterinario en su viejo auto azul.

Luciana le enseñó a dar la patita y a perseguir burbujas de jabón.

Días después, cuando Canelo ya tenía su collar nuevo con una chapa que decía «Canelo – Familia López», ocurrió algo mágico. Don Ramón del kiosco, al ver el cambio en el perrito, decidió adoptar a una gatita callejera. La señora de la panadería empezó a dejar recipientes con agua fresca en la vereda. Hasta los niños del barrio organizaron una colecta para ayudar a otros animalitos.

Y así, entre juegos en la plaza, paseos al atardecer y siestas junto a Luciana mientras ella hacía sus tareas, Canelo descubrió que a veces los milagros llegan en cuatro patitas. Que la bondad es contagiosa como una sonrisa. Y que en este mundo, todos merecemos una familia que nos espere con el corazón abierto, ya sea en una gran casa o en un pequeño departamento lleno de amor.



Gracias por leer este cuento en tuscuentos.com